

ERIKA LUST

La canción de Nora



Nora tiene veinticuatro años, mucho carácter y arrojo, más sentido del humor y, sobre todo, unas ganas infinitas de disfrutar de lo que la vida le pone por delante.

Durante los inicios de su carrera en el cine en la Barcelona más cool, se debatirá entre dos hombre muy diferentes: Xabier, un joven productor ambicioso y sofisticado, y Matías, un creativo apasionado, atractivo y misterioso.

Con Erika Lust, reconocida y galardonada directora de cine «porno para mujeres», por fin llega una auténtica profesional a la narrativa erótica contemporánea.

*A Barcelona, sin ella no sería quien soy.
Y al cine, que es mi pasión.*

Capítulo 1

SEXX LAWS

Fundido desde negro que lentamente va mostrando la figura desnuda de una mujer de piel blanca como la leche y pelo rojo como el fuego, tendida en una enorme cama redonda... Referencia: *Blue Velvet* de David Lynch, pero en tonos negros y rojos, un poco daliniano también. La habitación está muy, muy oscura, pero sin embargo, su cuerpo se ve muy claro y luminoso, y junto a ella, el de un hombre. «¿Eh? ¿Quién es este tío?», los pensamientos de Nora son como la voz en *off*. «Está muy, pero que muy bueno, mira qué abdominales y qué brazos... ¿Qué hago yo aquí, dónde diablos estoy...?». Las dudas se evaporan en su mente cuando se da cuenta de que el adonis ahora está despierto y se abre paso con su cabeza hacia la entrepierna de Nora. Planos a cámara lenta de un cunnilingus magistral, ¿eso son sus labios, o una pluma?, porque más que un beso sienta como la caricia más suave, excitante y cosquilleante que nunca haya recibido. Era una pluma y era una boca, era simplemente maravilloso, cuando algo es tan extremadamente bueno no te preguntas qué es, solo disfrutas..., pensó Nora otra vez en *off*. De pronto, por corte, Nora está sentada encima de ese magnífico ejemplar de ser humano, cabalgando encima de su polla, loca de placer, sentándose cada vez con más profundidad sobre una polla perfecta, grande, dura, tierna, suave... Y otra vez por corte, de pronto estalla en un orgasmo perfecto, largo, intenso, lleno de calor y color, de fuerza y ternura. La habitación se ilumina con luz ultravioleta y flashes estroboscópicos. Nora cae ren-

didada junto a su amante desconocido y, tras un suspiro simultáneo de ambos, que se oye en sonido *stereo surround*, empiezan a llover plumas rojas del techo, ¿o no había techo y estaban cayendo del cielo? Banda sonora aquí: música *house* con volumen creciente... No paran de caer cientos, miles, millones de plumas y también confeti dorado. Nora busca a su amante, pero no lo encuentra bajo el manto de plumas rojas. Busca delirantemente y sus manos tocan algo peludo, algo que no es su amante, sino un gato grande como un ser humano. Corte a primer plano de la boca de Nora en un grito desesperado; además del sonido agudo de su grito, salen de su boca plumas rojas.

Y entonces Nora se despertó, y efectivamente tenía plumas en la boca, y en el pelo y en la cama, pero las plumas no eran del sueño, sino de la fiesta de fin de año de anoche, el final de 1999, el final de un siglo. Y el exaltante erotismo de su sueño se desvaneció en su cabeza, y en su lugar se sentía como si se la estuvieran machacando con una docena de martillos hidráulicos, la boca como si acabara de chupar un perro callejero mojado, la vejiga a punto de estallar, y un ardor demasiado familiar en la boca del estómago. Los síntomas típicos de una resaca de las buenas, que —su extensa experiencia en el tema se lo decía— no haría más que empeorar en cuanto se levantara y tuviera que enfrentarse a la vida tal y como la conocemos. «Bravo, Nora, ya lo has vuelto a hacer», se dijo a sí misma, mientras recordaba con un asomo de náusea algunos de los, calculó, cientos de miles de chupitos de tequila-vodka-lo-que-fuera que había tomado alegremente la noche anterior. «Es lo que tienen las noches de fin de año, que bebes como si no hubiera un mañana, pero inevitablemente lo hay», reflexionó Nora, usando el tercio de cerebro, extremadamente dolorido y machacado por los excesos, que en ese momento tenía activo. «Aunque digamos que hoy medio planeta debe de es-

tar exactamente igual, así que como decía mi abuela: mal de muchos, consuelo de tontos».

La cabeza de una mujer, en la que también había un par de plumas rojas, estaba apoyada en la pierna de Nora, que estaba dolorida y con calambres... Nora pensó por un momento que quería volver con aquel hombre de la lluvia de plumas, la realidad del primer día del 2000 era bastante desagradable comparada con aquel sueño.

Cuando se frotó los ojos con fuerza —haciendo que un cerco de rímel, sombra de ojos, corrector y demás potingues convirtiera sus ojos verdes en los de un oso panda o un pariente cercano de los mapaches—, descubrió al instante el nombre de la culpable de su pierna dormida. De hecho, el nombre y el apellido: la dolencia en cuestión se llamaba Carlota Soler, su mejor amiga y compañera de piso, que casualmente se había quedado dormida en su cama y sobre su pierna derecha, ahora insensible, mientras ya bien entrada la mañana comentaban entre risas los sucesos de la noche anterior y mordisqueaban los obligatorios churros con chocolate —acompañados de una cerveza tibia y repugnante, acaba de recordar Nora con una arcada— que hacen que la noche de fin de año sea la noche de fin de año y no cualquier otra. A su vez, Mazinger Zeta, una gata peluda, feroz y de unos nueve kilos de peso —a la que apodaban cariñosamente «albondigueta», por motivos más que evidentes—, dormía sobre las piernas de Carlota, que seguro que a esas alturas de la película tampoco debía de tener la circulación muy allá.

Apartó a Carlota con cariño (o eso intentó, aunque la respuesta de su amiga fue un bufido en sueños, un ronquido y un par de vueltas sobre sí misma) y se dirigió al cuarto de baño. Hizo un pis que duró una eternidad, de esos que parece que no se van a acabar nunca, y se sintió de repente y por un segundo un poco —solo un poquito— más persona y menos zombi resacosa. Se lavó la cara y se miró al espejo, haciendo una primera evaluación rápida de daños.

Ojeras, ojos hinchados, los labios bastante reseco y ligeramente teñidos de morado. «¿Labios morados? Espero que sean de beber vino tinto y no de alguna enfermedad circulatoria... ¿Pero en qué momento bebí ayer vino tinto?», se preguntó Nora, temiendo que la noche anterior, le depararía muchas más preguntas que no podría responder por sí misma.

Su frondosa melena pelirroja, de un rojo salvaje, con todo tipo de matices naranjas, cobrizos, caobas e incluso rosados, según le diera la luz, en aquel momento estaba bastante enredada, formando casi una rasta única. Nora intentaba, sin éxito, desenredarse el pelo con los dedos cuando cayeron sobre el lavamanos unos cuantos confetis dorados en forma de número dos mil y un par más de las famosas plumas rojas de su sueño. Ahora su cerebro le permitía entender que el sueño estaba conectado con la lluvia de plumas del día anterior, y el chico protagonista de la escena se correspondía con uno de los gogós de la disco al que había estado admirando como una adolescente, hasta que Carlota se lo presentó y la obligó a bailar con él.

Mientras buscaba algo de ibuprofeno, paracetamol, aspirina o cualquier cosa que le quitara ese horrible dolor de cabeza en el botiquín y algo frío de beber en la nevera, y se debatía entre darse una ducha reparadora —que le daba mucha pereza, pero sin duda le sentaría muy bien— o comerse un plato de cualquier cosa grasienta y recalentada —que le apetecía mucho, pero seguro que caería como una piedra en un estómago que había conocido días mucho más alegres—, oyó una mezcla de grito, quejido y gruñido infrahumano que provenía de la habitación de al lado, pero que podría haber sido generado por un habitante del mismísimo abismo de Mordor.

—¡Maaaaaziiiiingeeer, gato, foca! ¡Sal de aquí, no puedo moverme contigo encima, te voy a poner a dieta mañana mismo!

Carlota —o lo que en algún momento pasado de su existencia fue conocido como Carlota— salió de la habitación vestida con unas braguitas de algodón, calcetines estampados con osos panda y la misma camiseta XL de The Ramones con la que había salido la noche anterior. Los convencionalismos navideños y la etiqueta no iban con su amiga, pensó Nora. Mientras la pasada Nochevieja el noventa por ciento de las mujeres con las que se cruzaron sufría llevando unos tacones que harían que la mismísima Barbie se rompiera la clavícula, Carlota llevaba las mismas Doc Martens que cuando Nora la conoció, hacía ya cinco años. No sabría decir si llevaba la misma parka y los mismos pantalones, pero perfectamente podría haber sido así y nadie se habría dado cuenta. Era una tía con estilo, sin duda; pero con su propio estilo. Tenía esa gracia natural de las personas a las que realmente les da igual su aspecto, y por eso siempre están guapas, y de ahí que pudiera permitirse su sempiterno estilismo, consistente en pantalón sencillo-botas-camiseta-jersey (más una parka con un parche de Sex Pistols en invierno que en cualquier momento de desintegraría) y que lucía en ella más que en cualquier otra un *total look* de Miu Miu. Hubiera estado igual de guapa con un saco puesto por la cabeza, pensó Nora. Tenía las piernas largas y esbeltas, el pecho pequeño y perfectamente moldeado y un culo sorprendentemente redondito para lo delgada que era. Si fuera un poco más consciente de su propia belleza, podría ser modelo de pasarela sin ninguna duda.

Aunque ahora mismo tenía el pelo oscuro completamente revuelto y despeinado —y con restos de serpentinas—, los ojos inyectados en sangre (al menos el que se podía ver, porque el otro lo tenía cerrado) y pinta de haber pasado la peor noche de su vida, a Nora le siguió pareciendo que su amiga era una tía de armas tomar. Pero cuando esta se rascó a la vez la cabeza y la barriga, con un aire claramente simiesco, y bostezó, dejando ver el *piercing* que llevaba en la lengua, no pudo reprimir una carcajada.

—¡Buenos díiiiiias, Carlota! ¿Cómo está hoy la princesa de la plaza del Sol? ¿Desea la señorita el desayuno continental o tal vez algo más completo? ¿Huevos, beicon? —canturreó mientras acariciaba a Batman, un gato negro, estilizado y mimoso, que le daba a su vez los buenos días como de costumbre, frotando la cabeza contra su mano tan fuerte que parecía que quisiera arrancársela.

—¿Buenos días? ¿Buenos? Cualquier cosa menos buenos, pava. Menudo dolor de cabeza tengo, no sé si tomarme algo para el dolor o amputármela directamente y acabar con esto de una vez por todas. Y no me llames princesa, que soy republicana. ¿Qué me diste ayer de beber, asesina? Buffffff, qué horror, en serio.

—Ya te dije que no era buena idea lo de mezclar la celebración de mi llegada con la del cambio de siglo. Creo que las dos por separado habrían sido mucho menos demoleadoras.

Nora, que era una mujer práctica ante todo —«los suecos lo llevamos en los genes, y yo lo soy al cincuenta por ciento», decía a modo de disculpa cuando la acusaban de ser demasiado pragmática—, no se lo pensó un momento cuando encontró un vuelo «casi gratis» el día de fin de año de 1999. Le pareció incluso una buena serial, un mensaje de que ese era el momento en el que debía dejar Estocolmo y empezar una nueva vida en Barcelona, el lugar «donde iba a dejar de estudiar cine para empezar a hacer cine», como les dijo a sus odiados compañeros de clase.

El proyecto de mudarse había empezado el 19 de septiembre en un cine de Estocolmo, en el estreno de *Todo sobre mi madre* de su idolatrado Almodóvar. Allí, emocionada por la película que transcurría en gran parte en Barcelona, decidió que se mudaba ya al Mediterráneo. Siempre se acordaría de la fecha porque era 19 del 9 de 1999, y se dijo: «Nora, Barcelona será tu ciudad». Sabía que allí se rodaba una cantidad respetable de anuncios cada tempora-

da, series de televisión, cortometrajes, había productoras muy interesantes, cultura cinematográfica en general, con festivales de cortos populares, cine de verano al aire libre... Sin duda Barcelona era un buen lugar para empezar una carrera, siempre que no te diera miedo hacerlo desde abajo, arremangándote y trabajando todo lo duro que hiciera falta. Y Nora estaba dispuesta a eso y a todo lo que hiciera falta. De hecho no creía que hubiera otra manera de hacer las cosas que currárselo desde cero.

El ruido de la montaña de *tuppers*, cajas de cereales y demás que se le cayeron a Carlota del armario mientras buscaba el bote del café la sacaron de sus ensoñaciones.

—¡Joder! Ayúdame a recoger esto, vikinga. Toda, toda, toda la culpa de todo es tuya —musitó su amiga, mientras le arrancaba de las manos el comprimido que una Nora demasiado sonriente le ofrecía, tragándoselo a palo seco, a pesar del claro riesgo de asfixia que ello conllevaba—. ¿A quién se le ocurre mudarse de ciudad el 31 de diciembre a las nueve de la noche? Un poco más y te comes las puñeteras uvas en el avión.

—En Suecia no comemos uvas para celebrar el fin de año, querida, allí lanzamos fuegos artificiales y bebemos champán —replicó Nora con tono aristocrático—. Además, toda la culpa de esto es tuya. Tú me llevaste a beber que si una copita de cava aquí, un chupito de tequila a otro local, un par de cervezas al bar ese, Benidorm, y a partir de entonces ya no recuerdo gran cosa más. Y eso que yo prefiero el vodka con Red Bull... Si no tuvieras amigos en todos los locales de la ciudad, ahora estaríamos mucho mejor. No te quejes, bonita, que en el pecado llevas la penitencia.

Apenas tuvo tiempo de agacharse para que el almohadón rojo que le tiró Carlota no le diera en toda la cara. El principal damnificado de esta muestra de agilidad —que sorprendió a todos, pero sobre todo a la misma Nora, que no se consideraba precisamente ágil y veloz— fue Thor, un gato naranja que recibió de pleno el cojinazo que le sacó

del más profundo de los sueños mininos con un sonoro bufido.

—¿«En el pecado llevas la penitencia»? ¡Joder, Nora, en vez de un pibón sueco de veintitrés años pareces una abuela murciana de setenta y cinco! ¿Dónde has aprendido esas expresiones? ¿Leyendo *El Quijote* o *El Lazarillo de Tormes*? Desde luego, lo tuyo no es normal.

Carlota no se había equivocado mucho: había una abuela detrás de esa expresión, pero no era de Murcia, sino de Benidorm. Nora era el segundo fruto de un amor de verano que duró algo más de lo esperado. En concreto, diez años. Su madre, Inga, era una de las suecas avanzadas a su tiempo que invadieron las costas españolas durante la década de los setenta en busca de mar, sol y juerga, y a pesar de que encontraron bastante más de lo primero que de lo último, se convirtieron en un mito de la liberación femenina y las axilas sin depilar —aunque en aquella época en España no se llamaba a eso «movimiento feminista», sino más bien «ser una fresca»— durante los estertores del franquismo. Inga, además de conseguir un bonito tono dorado que acentuaba su rubio natural, también se llevó otro recuerdo español: Antonio, un alicantino estudiante de último año de Periodismo que se sacaba unos duros tocando canción ligera acompañado de un guitarrista en los bares de la zona guiri de Benidorm.

Sus futuros padres pasaron todo el verano juntos, y cuando el mes de agosto acabó, quedó claro que lo suyo no era solo cosa de un calentón y las posibilidades de seguir postergando la vuelta a casa de Inga desaparecieron, la pareja decidió volver junta a Estocolmo. Aunque Maruja, la madre de Antonio, nunca superó eso de que «la fresca» se llevara a su hijo a un país frío en el que la gente iba por las casas descalza, algo totalmente inconcebible «para cualquier persona de bien».

Todavía había en casa de su madre muchas fotos de esa época, escondidas en un cajón que Nora espiaba cuando era pequeña, poco después de que sus padres se separaran. Nora solía mirar esas fotos muy de cerca, escudriñando las caras sonrientes, jóvenes y evidentemente enamoradas que aparecían en ellas para intentar adivinar qué había fallado entre esa pareja que se abrazaba en las fotos. A finales de los ochenta Inga y Antonio ya no se llevaban muy bien, en realidad él nunca consiguió adaptarse al clima y a la mentalidad de Suecia. En 1988 fue a cubrir los juegos olímpicos de Seúl para una agencia de noticias en la que trabajaba, se enamoró de una empresaria coreana y se trasladó a vivir allí. Solo regresó a Suecia un par de veces durante la adolescencia de Nora. Ni ella ni su hermano fueron nunca a visitar a su padre, quizás porque les incomodaba que allí él hubiese formado otra familia.

Nora se embobó y sonrió pensando en su infancia, y en la *yaya Maruja*, que se convirtió en el único vínculo con España a medida que se desvanecía la relación con su padre.

Carlota acertó de lleno con una almohada en la cara de Nora, sacándola de golpe de la nube de recuerdos.

—¡Auuuuuu, *din idiot, sluta för fan!*—Una de las pocas cosas que a Nora nunca le sonaron bien del castellano fueron los insultos y las palabrotas, que profería siempre en su lengua materna—. Deja de intentar rematarme, pon música y prepara algo para comer mientras me ducho. Tenemos que hacer toda la lista de propósitos de Año Nuevo que nos iremos cargando poco a poco en los próximos meses, como manda la tradición.

Carlota encendió uno de los Lucky Strike Light que siempre llevaba pegados a los labios y puso un CD de Beck a un volumen que Nora consideró bastante soportable, dada su proverbial afición a los decibelios.

—Frita me tienes con tus costumbres suecas de buenas intenciones que os dan cada fin de año. Ya te voy avanzan-

do, como ves por el cigarrillo que me acabo de encender, que no tengo ni la más mínima intención de dejar de fumar. Ni de apuntarme al gimnasio. Ale, vete a la ducha, tía, que hueles a tigrillo. —Y acompañó el consejo de un simpático pero enérgico cachete en las rotundas nalgas de Nora.

Nora sacó su albornoz de la maleta todavía sin deshacer y decidió cambiar la ducha por un baño reparador que, seguro, se llevaría con él los restos dolorosos de la fiesta. Mientras buscaba la temperatura perfecta y dejaba que se llenara la bañera, se pasaba el cepillo por el pelo enredado, donde aún quedaba algún confeti, con la mirada perdida. Todavía seguía pensando en su abuela española, una viuda de armas tomar con la que había pasado los quince primeros veranos de su vida, muchos en compañía de Nikolas, su hermano mayor, llamado así en honor a un abuelo al que Nora no llegó a conocer más que en una foto que había en la repisa de casa de la yaya, siempre con una flor fresca al lado. Nikolas era sorprendentemente parecido a su padre: de cabello oscuro y ojos castaños, alto y de compleción fuerte, de risa fácil y voz potente. Los genes suecos no habían hecho mucha mella en su pigmentación, mientras que Nora, pelirroja, rotunda de formas pero no excesivamente alta, de piel clara y pecosa —jamás se ponía morena, solo se quemaba— y ojos verdes, era una belleza exótica que hacía que, a veces incluso en su Suecia natal, todo el mundo se dirigiera a ella en inglés, a falta de más pistas sobre su enigmática procedencia.

Fue su abuela la que les enseñó a apreciar (y a cocinar, algo que hizo de Nora una compañera de piso muy valorada durante su época de estudiante de cine, y que su hermano aún utilizaba como arma de seducción infalible) la tortilla de patatas, la fabada y unas albóndigas con pisto «que alimentaban solo con olerlas», afirmaba orgullosa Maruja cada vez que las preparaba, mientras se secaba las manos en el delantal.

La influencia de la abuela también hizo que, como bien había dicho Carlota, su conocimiento del castellano —idioma que hablaba casi tan bien como el sueco— estuviera trufado de expresiones de persona mayor que habían hecho que en innumerables ocasiones los profesores no nativos que le «enseñaban» español en la escuela le preguntaran qué quería decir exactamente eso de «tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe» o «gallina vieja hace buen caldo».

Perdida en el laberinto de sus pensamientos, y con el pelo más desenredado de la tierra, ya que llevaba casi diez minutos cepillándose sin parar, Nora se dio cuenta de repente de que el agua del baño estaba a punto de desbordarse. Cerró el grifo y se metió con cuidado en el agua, caliente y reconfortante, a la vez que se felicitaba por el acierto: esto era exactamente lo que necesitaba.

Mientras sus músculos se relajaban y su mente hacía lo propio, Nora recordó el último verano que pasó en Benidorm, siendo ya una adolescente. «Todo el mundo tiene un verano como ese», pensó. «El verano en el que dejas de ser un niño y te conviertes en un adolescente. El momento en el que todos tus valores cambian y todo en lo que creías se destruye, para que lo vuelvas a construir. El verano en el que descubres la cerveza, la música, te convences de que los amigos son la auténtica familia y te das cuenta de que lo que hay debajo de la ropa de los chicos no solo no da miedo, sino que puede ser extremadamente divertido».

En su caso fue, además, el verano en el que perdió la virginidad en la parte de atrás de una furgoneta, en brazos del que creía que sería el hombre de su vida. Martín tenía veinte años y el cuerpo de un atleta, la lengua afilada y el piropo rápido de un obrero de la construcción y una guitarra con la que le descubrió al que se convirtió automáticamente en el grupo favorito de Nora: The Pixies.

Martín tuvo que cantarle *Come on Pilgrim y Surfer Rosa* durante muchas noches, mientras fumaban paquetes de ci-

garrillos comprados entre toda la pandilla y bebían tragos de un vodka que era auténtico alcohol de quemar y cerveza recalentada y sin gas, pero que sabía a rebeldía, a gloria, y a ser una persona mayor.

Cuando, entre canción y canción, Martín dejaba la guitarra para tocarla a ella, a Nora le parecía que sus manos seguían tocando aquella melodía, en su pecho, en sus muslos, en su estómago o en sus nalgas. Se dio cuenta, no sin sorpresa, de que todavía se ponía caliente al pensar en las manos grandes y fuertes de Martín, toscas pero a la vez delicadas, que seguro que ya habían tocado a más de una mujer —las malas lenguas decían que se acostaba con las esposas de los militares del cuartel, pero Nora nunca quiso saber más, porque se ponía extremadamente celosa— y que le hicieron llegar a los primeros orgasmos en compañía de su vida. Sin darse cuenta, dejándose llevar por los recuerdos y relajándose gracias al baño, Nora abrió las piernas y se mordió ligeramente el labio inferior.

Hizo una valoración rápida de la situación y se decidió: aunque todo el mundo sabe que la masturbación femenina y el agua caliente no son la mejor de las combinaciones, también es vox pópuli que un orgasmo es una de las mejores maneras de rematar una resaca. Nora cogió un gel de baño con perfume de vainilla y empezó a enjabonarse el pecho, generoso, redondo y firme. A pesar de la temperatura del agua, sus pezones no tardaron en ponerse duros, gracias en parte al recuerdo de los labios de Martín posándose en ellos, chupándolos con gula, mordiénolos con el punto de torpeza que dan el ansia y la juventud. Sintió cómo su sexo empezaba a responder al estímulo de sus caricias y sus recuerdos —un lametón en la oreja, un dedo travieso jugando dentro de sus Levi's 501, la voz de Martín diciéndole «pero mira que estás buena, pelirroja», ronco a causa de la excitación— con una ligera palpitación, y metió el cabello en el agua, estirándose todo lo que la bañera le permitía, postergando «un poco más, solo un poco» el an-